

La pandemia ¿necesaria?

*Desde el inicio aseguraré: esto es necesario.
Pequeña Flor.*

Llegaba fin de año, el 2019 se nos iba y abría paso al 2020, un nuevo año lleno de ilusiones y nuevos comienzos. Marzo, todos ansiosos por el inicio de un renovado período escolar. Algunos más felices que otros, pero teníamos grandes expectativas. Sí que las teníamos.

¿Necesitábamos esto que estamos viviendo? Algunos podrán decir que era necesario por los grandes males que causa el ser humano, otros, que es un castigo de Dios - para que aprendamos a solucionar los problemas con la palabra, para detener las guerras, para frenar con los caprichos de las personas - ¿Cuánto hay de verdad en todo esto? ¿Cambiamos? ¿Para bien o para mal? Son algunas incógnitas que me planteo.

Hace algunos meses veíamos la pandemia como algo tan lejano, algo que superaba lo que podíamos creer. Eran solo rumores y una que otra noticia en nuestros televisores a la hora del almuerzo. En muy poco tiempo comenzamos a escuchar cómo se daban los primeros brotes en nuestro país, un país que pronto se paralizaría.

Todo ocurrió en Marzo, precisamente un viernes trece, un poco irónico. Exactamente ese día, fue el último en el que pude ver a mis compañeros y profesores en las aulas, esas de paredes de ladrillos, con pizarras y olor a colegio. Durante mucho tiempo, la única manera de ver sus rostros fue a través de una pantalla. Fría y metálica pantalla.

Todavía pienso en todo - ¿todo?, todo lo que puedo - y en cómo nos modificó la vida. ¿En qué nos cambió? Nos cambió en mucho. Cuánto de verdad hay en esas frases que dicen que *sólo sabrás lo que tienes hasta que lo pierdas o, no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy* – sabiduría popular -.

Nuestra cotidianeidad se convirtió en una cárcel. Salir una vez al día o, en los casos más extremos, una vez a la semana. Horarios limitados, hacer fila con distanciamiento de un metro fuera de los locales. Al principio sólo farmacias y negocios de primera necesidad eran los únicos que prestaban servicios. Poco a poco, en algunos lugares, empezaron a abrir los locales de ropa, librerías, bares y restaurantes. Parecía que todo iba a volver a la normalidad. No fue así. ¿Cómo sería volver a *una normalidad* y qué es, después de todo, *la normalidad*? Luego de la última semana de julio todo cambió. En el lugar en el que vivo, un pequeño pueblo de no más de 2.500 habitantes, apareció el primer caso, en sólo un segundo mi corazón comenzó a acelerarse, sabía que no iban a ser nada fáciles las próximas semanas.

En la primera mitad de agosto, el miedo se incrementó – sí, miedo - de tan sólo cinco contagiados el número aumentó a más de doscientos.

No sé si llamarlo suerte, destino o, simplemente, agradecer el gran trabajo que hubo detrás, pero la realidad – nueva - comenzó a encauzarse – como un río que desborda en épocas de copiosa lluvia y de pronto, baja su caudal y su ímpetu regresando a su antiguo curso -. Logramos disminuir casi el total de las personas contagiadas, aunque algunas de ellas se quedaron en el camino.

Ver cómo transitaban todo esto muchas familias me hizo pensar muchísimo en cuánto tiempo estaba perdiendo en no darle importancia a las cosas que realmente se lo merecen. Desde el punto de vista de un adolescente, un joven que está en su etapa más activa, con muchas ganas de salir y estar de fiesta, que esto haya sucedido, fue un shock. Nos quejamos siempre de lo más mínimo, estamos acostumbrados a casi no tener problemas y dificultades¹. Después de esta pausa, comenzamos a ver el mundo y la vida de una manera completamente diferente. Empezamos a valorar el amor, la amistad, el estar acompañados de quienes tienen un lugar en nuestros corazones. Por lo menos, yo empecé.

¿Nos imaginábamos lo complicado que sería aislarnos de todo? Fue difícil apartarse de las familias. Todo lo que sucedía afuera lo sabíamos por las noticias. Mi alma se estremecía cada vez que escuchaba cómo llevaban todo esto las personas más vulnerables. Conocer los casos de quienes hacían hasta lo imposible por poder dar un último saludo a sus seres amados, hacía que mirara a quienes tengo al lado y que me diera cuenta de cuán importantes eran en mi vida y cuán importante era hacerles saber que ellos estaban dentro de mi corazón, demostrarles mi amor. Fue muy duro caer en la realidad. Siempre digo que yo vivo dentro de mi burbuja, que no tengo ni un poco de conocimiento acerca de lo que de verdad es sentir dolor o sufrimiento, por eso, siendo completamente sincera, fue como caer desde un avión sin paracaídas.

Después de muchos meses, sigue siendo complicado pero, puedo decir que hemos aprendido mucho – o algo, que puede ser mucho -. El reencuentro más esperado, con nuestros amigos, con nuestras familias, poco a poco se fue dando, fue ocurriendo. Miro el rostro de mi abuela, de mi abuelo, de mis hermanos y de mi madre, qué poco que los valoraba. Los miro y agradezco el tenerlos a mi lado. Un año atrás no le hubiese dado tanta importancia, pero este choque generó que lo comenzara a hacer.

Me di cuenta de cuánto cambié en todo – o en algo, que puede ser un todo -, en mi manera de pensar, en cómo guardaba las cosas dentro de mí y el ahora – y el mañana -. ¿Nos sirvió a todos el conectarnos con nosotros mismos? ¿Cuánto hemos aprendido a valorar lo profundo y dejar de lado lo material? ¿Perdurará?

Empecé diciendo: *que esto, era necesario y que algunos, más felices que otros, teníamos grandes expectativas*. Hoy, tengo grandes preguntas pero, ni una expectativa menos que al inicio.

¹ Esa es una realidad posible, no la de todos. Quiero aclarar este punto, porque no desconozco que muchos jóvenes no pueden pensar ni siquiera, en escuela, comida o trabajo.